

Estampas para intercambiar en el recreo

(Reflexiones sobre la poesía)

Carmen Villoro

*Ha de vivir tu cuerpo
lo que al mío fue revelado
en un momento de intimidad*

El astronauta

Inmerso en el vacío del espacio, el astronauta mira la tierra como un ente separado de sí, pequeño a la distancia. Guarda en un módulo orbital números, códigos, y se dispone a admirar, como nunca lo ha hecho, ese redondo animal palpitante cuyos océanos se encrespan lejanos. Quisiera tomar la tierra entre sus dedos, sentir sus escarpadas crestas, acariciar las diminutas ciudades que prenden y se apagan a destiempo, percibir el cosquilleo de su fauna poblada de sangre y de aliento.

En vez de poner atención en los múltiples detalles relativos a su compleja empresa, el astronauta se extasía viendo cómo esa esfera viva se recorta contra el negro profundo del cosmos, el halo encendido que rodea su hogar hermoso y vulnerable.

¿Es que se ha vuelto loco el científico? ¿Ha perdido la cabeza en esa nave que lo impulsa a las tinieblas? O le sucede lo que a cualquier hombre, que, predispuesto a una búsqueda intelectual, tiene de repente una visceral y honda vivencia subjetiva y surge en él un modo no racional de comprender aquello que ve perplejo.¹

Algo parecido sucede al poeta, quien contempla azorado el mundo al que pertenece. Aun cuando se mantiene emocionalmente vinculado, su sensibilidad se coloca a la distancia para vislumbrar las pautas vivas.

Estar adentro y afuera al mismo tiempo: posición anímica extraña desde la que se advierte lo que el objeto nombra.

Pocas son las palabras que los astronautas intercambian. El silencio es la expresión de la presencia insólita de las cosas, el telón de fondo de la reflexión más íntima. En silencio, el poeta se dejará inundar por el prodigio y sólo después intentará pronunciarlo.

Por lo pronto, mira asombrado cómo el sol entra en la nave, "tendiendo hilos de color frambuesa en el alba cósmica".²

El pasajero

Todo puede esperar cuando viajamos. El vaivén del camión o el automóvil disuelve horarios, prohibiciones, nos mete a una especie de sueño en la vigilia. Aunque hayamos visto el campo muchas veces, su presencia nos asalta como algo novedoso, nos sorprende el viento, una vaca, el monte, un arcoíris. Lo mismo nos sucede con las ciudades y las gasolineras, durante un viaje las cosas más sencillas nos muestran su belleza. Viajar es trasladarse de un sitio a otro, pero es también un estado anímico, una disposición de la conciencia. El que viaja descubre el paisaje y se descubre a sí mismo en el paisaje, se abre a la vida para que ésta lo colme. Así el poeta, eterno pasajero, cuyo medio de transporte es la palabra; como el viajero, se deja asaltar por la contemplación y el abandono.

El poeta escoge sitios extraños para viajar: la piel de un tigre, un charco anegado en la azotea, la nota que desprende un saxofón. Se desliza en las calles de un recuerdo, va tocando a las puertas, encuentra cómo es que viven los pobladores de sus propios recintos, indaga en las esquinas ocultas de una mirada, vaga por los pliegues de la noche y de sus humedades, se asoma por las ventanas de una rosa, toma fotografías en plazas, vientres, arboledas, un vaso.

Todo poema es una travesía sin tiempo, un transcurrir en el presente. Cuando viajamos tenemos la sensación de que el tiempo no pasa o, cuando menos, perdemos la noción de cómo pasa. El poeta, el pasajero tiene un pacto secreto con el reloj de arena.

El pescador

¿Cómo atrapar el tiempo si no con un poema? La muerte es la gran angustia del poeta. Le duele el transcurrir más que ninguna otra cosa. Se aferra a la palabra para perpetuar la plenitud. Quiere el poeta que la nota no calle, la repentina luz mantenga el brillo, el gesto de un niño sea perenne, el cuerpo del amante se mantenga tibio, el beso siga siendo un beso aunque termine. Como el pescador a los peces fugaces, quiere el poeta con su red de versos atrapar efímeras apariciones. Y como el pescador, muchas veces los pierde en el intento. Después de todo, el tiempo alcanza al poeta. Sólo queda la espuma de su voz.

La voz

Algo hay que hacer ante la revelación de lo inaudito. El poeta emite un sonido, pronuncia, canta, permite que aquello que lo colma se convierta en voz. Pero, ¿por qué no en danza?, ¿por qué no en barro transformado por las manos? Hay hombres y mujeres más cerca de su voz. Nuestra voz interior nos acompaña, como un mar calmado cuyo movimiento rítmico nos tranquiliza. La llevamos en la sangre, en los sueños, es nuestro mar de fondo, la primera y última certeza de nuestra existencia.

Fue otra voz la que le dio origen: el canto, el murmullo de la madre en la primera infancia. En el poema está la voz, pero con ella está también el ritmo de esa respiración antigua, el corazón que pulsa acompañando el nuestro. Cuando escribimos volvemos a ser niños de brazos, acunados por la madre que resucita en la flor, en la lluvia, en el relámpago.

El cazador de sombras

Lo que el poeta quiere aprehender no es el objeto sino algo que está más allá del objeto. No observa el mundo, sino el halo inefable que lo cubre, el secreto que lo acompaña, el misterio que lo hace aparecer ante los ojos como la entidad armoniosa. El poeta no se mueve en el plano real de los sucesos y las cosas, sino en el simbólico, significativo, unívoco, silencioso. Mira el mundo y tiene una revelación, a través de la palabra devela entonces el otro nombre de las cosas: lo que se llamaba sol se llama grito,³ la mujer se convierte en planta o piedra o vino,⁴ el

agua es un desplome de ángeles caídos,⁵ el mundo es mucho más, en fin, que el mundo.

Así como el cazador de venados se convierte en venado para perseguir a su presa, el poeta ha de convertirse en sombra de sí mismo para asechar, y en su momento, captura la segunda naturaleza de los seres.

El niño

Hubo un tiempo en que todos éramos poetas, cuando en la escuela sonaba la campana y salíamos al recreo. Lo que en términos reales duraba veinte minutos, era tiempo suficiente para llevar a cabo una batalla, una exploración al fondo de la tierra, o un viaje al espacio en años luz.

"Recreo" es una palabra mágica porque en ella se confunde el tiempo y el espacio: "Vamos al recreo", dicen los niños. Su sola mención evoca un patio en donde alternan imágenes como los pies envueltos en zapatos sucios de tierra, un árbol, un columpio, un sueter y una cantimplora abajo de una banca.

El lugar del recreo también tiene sonidos: un barullo encendido, un golpe seco de pelota.

El recreo ocupa también un lugar en el tiempo, es el rato esperado, el momento en el que se hace lo que se quiere.

Pero el recreo es, sobre todo, un estado del alma, es el gozo y el abandono, la disposición absoluta al placer. El recreo es como el sueño, atemporal e infinito mientras dura.

Ahí podemos encontrar al poeta, en una resbaladilla interminable.

La flor

¿A quién pertenece la hermosura, a la flor o al poeta? La hermosura surge de los atributos de la flor, pero es necesaria la sensibilidad del poeta para darle existencia a esa hermosura. La flor y el poeta se encuentran justo a la mitad del camino, su encuentro les otorga sentido a cada uno y hace surgir algo cualitativamente distinto, superior a cualquiera de los dos: la hermosura. Entre estos amantes se establece una danza en donde es difícil saber quién sigue a quién, o cuál inventa a cuál otro.♦

Notas

1. Parfraseado de un texto de Edgar Mitchel, *Astronauta norteamericano*, Ediciones Folio, Barcelona.
2. Zhgerberdemidiyn Gurragcha. *Astronauta mongol*, Ediciones Folio, Barcelona.
3. Octavio Paz.
4. Pablo Neruda.
5. José Gorostiza.

Interior de equilibrista

Entrevista con Alejandro Colunga

Alicia Lozano



Tuve una infancia maravillosamente diabólica, muy bonita; se desarrolló en el barrio del Pilar, un barrio muy singular porque estaba lleno de iglesias, y mi nana, mis hermanas o mi mamá me llevaban a la iglesia. Me nutrí mucho de lo que vi en las iglesias, siempre me ha gustado el arte religioso. No soy una persona religiosa pero siempre he admirado este tipo de arte. De niño me llamaba mucho la atención, me pegaba muy fuerte, y de alguna manera me

marcaron aquellas imágenes de Cristos ensangrentados y dolorosas. Al Sr. San José arriba el burrito lo imaginaba como un elegante cirquero arriba de un caballo, y a la Virgen, como una trapecista. También me gustaba mucho el circo. Para mí no había diferencias entre el circo y el ritual de oficiar misa. Mi nana me llevó mucho al circo, y hasta que tuve 14 años no dejé de ir a una función de circo cuando venía a la ciudad. El circo aportó muchísimo



a mi trabajo, nunca me interesó el payaso con la cara pintada de blanco y colorines, lo que me fascinaba era lo que había detrás de ese personaje, el interior de los equilibristas, eso ahora lo intento con mis personajes, trato de revelar su ser interno, que se sientan vivos. Mi infancia está llena de esos recuerdos, de fantasías en torno a la iglesia y el circo. También estuvo llena de juegos con mis hermanos mayores; fui el más pequeño de ocho y tuve el privilegio de ser el mimado, el más chiquiado por una madre amorosa que me dio mucha ternura. A mi padre casi no lo conocí, el murió cuando yo tenía cuatro años; borrosamente recuerdo a un padre estricto, muy voluntarioso pero bondadoso a la vez.

Aunque mi comadre Pilar Bordes dice que todos los pintores decimos que pintamos desde niños, en mi caso fue real. Recuerdo que a los cinco años tenía un hermano pintor (digo tenía porque se retiró de la pintura) y su estudio estaba en la casa; yo iba a ese lugar a curiosear y, para que no le diera lata, me ponía un pequeño lienzo en un caballetito que él me fabricó: me regalaba sus tubos gastados y los pinceles que ya iba a tirar. Yo pintaba barquitos y cositas, por eso digo que desde niño tuve un contacto real con la pintura. Entré a la Escuela de Arquitectura por presiones familiares; querían un ingeniero, un arquitecto o un doctor, y yo era la última esperanza. Respeto la arquitectura, pero no pude con la disciplina y en la primera oportunidad la abandoné.

Comencé a pintar profesionalmente en 1968. Mi primera exposición fue en un espacio que se llamaba La Galería; estaba en la calle 8 de Julio y Alemania. Ahí exponían artistas de buena calidad: George Rauch, Francisco Madrigal, Alfredo Sánchez Larrauri, José Luis Cuevas, Pedro Fildérbeg. Sólo expuse pintura, -la escultura todavía no nacía en mí-, y fue todo un éxito. Aparte de que yo tenía muchos amigos, se corrió la voz en la colonia norteamericana de Guadalajara y de Chapala, de que era un joven pintor que parecía interesante; se tuvieron que hacer dos inauguraciones, y de 32 cuadros vendimos 28. Yo estaba feliz. En ese momento vislumbré mi futuro dentro de la pintura, aunque estaba consciente del medio tan difícil y tan reacio que es Guadalajara. Mi hermano me lo advirtió, me dijo: "si quieres ser pintor atente a las consecuencias, porque en Guadalajara no quieren ni a los artistas ni al arte". Sin embargo me di cuenta de que podía comer de la pintura, y como todo joven tenía ambiciones de grandeza, de ganar mucho dinero, del éxito inmediato, pero sabía que iba a ser un camino difícil de recorrer y que necesitaba de sacrificios, empeño y mucha disciplina.

Yo estaba muy involucrado en todo lo que sucedía en 1968, de hecho yo estaba en la Ciudad de México cuando la masacre de Tlatelolco y por horas me escapé de estar en la plaza. Fui un *hipie* de corazón, usaba el cabello larguísimo, pantalones acampanados y en mi primera exposición toqué temas de la época, estaba muy influido por la música de la época, de los Rolling Stones, de los Beatles, de las drogas y todo eso. Uno de los cuadros tenía el nombre de una canción de los Beatles, yo estaba loco por las canciones de ese tiempo.

Mi primera exposición fue muy ingenua, muy fresca, no tenía la pretensión de comunicar nada, más bien yo era el comunicado. Era el intérprete plástico de la música de los sesenta. En esa exposición aparecieron personajes que han prevalecido en mi trabajo, por ejemplo Rocke Ruiz [personaje de una canción de los Stones], un personaje con ropa antigua, en posición pensante, escuchando un radio antiguo; no lo he repetido, sin embargo el personaje sigue viviendo. Creo que los personajes viven siempre dentro del creador, de hecho se convierten en uno mismo, se hacen del tinte y del color de uno mismo.

En la exposición que tuve en la Casa de la Cultura presenté temas religiosos, hice algunas instalaciones cuando aún la instalación no existía; ahora las galerías están llenas de ellas. Ya no hago instalaciones, me retiré porque yo las hacía de manera espontánea, sin saber que eran instalaciones. Esa exposición me trajo problemas porque presenté virgencitas con la camiseta del ratón Miguelito, arcángeles con patas de cabra y en una mano bello público y uñas reales. Fue una exposición muy criticada, a tal grado que se metieron con mi persona. Un crítico no debe tocar al artista, debe limitarse al análisis de la obra. Dicen que fue la crítica más sangrienta que ese crítico había hecho jamás. Me dijo textualmente que me dedicara a vender papitas afuera del cine Jalisco. Claro, solamente había un crítico en esa época y si yo no hubiera estado bien parado me hubiera retirado de la pintura.

Mi última exposición en Guadalajara fue en el Ex Convento del Carmen; toqué el tema del circo. Invité al payaso Firulais, que era mi amigo, y a otros dos payasos. Yo llevaba un traje hecho de tela de cortina para niños, con figuritas de conejitos y patitos. A la gente le encantó, también metí un palettero y un algodonero a la sala. La exposición se llamó "Cajas, cajitas, caramelos y bolitas", por lo que invité a unas amigas para que repartieran chicles de bola en bacinicas. La intención era divertirme y lo logré; pero lo más hermoso fue que todos los que asistieron se divirtieron muchísimo. Confieso que



ahora ya no me divierto, ya no tengo la ingenuidad de esos años, se ha perdido, intento recuperarla, yo sé que está ahí pero se esconde, la ingenuidad se nos esconde cuando empezamos a manchar el ser interno. Cuando empezamos a molestar al ser interior, la ingenuidad se retira. Necesitamos volver a ser puros para que la ingenuidad pueda aflorar. Yo, ahorita, la traigo muy escondida.

Después de esa exposición decidí no exponer en Guadalajara, los tapatíos me llenaron el hígado de piedritas con su apatía y su falta de interés por el arte. La salvación de Guadalajara son los jóvenes, ellos sí tienen interés por el arte.

Luego viajé bastante; si no hubiera sido por los viajes aquí me hubiera ahogado. Viajé a diferentes países con diferentes idiosincrasias y filosofías. Viví en Brasil casi dos años y me encontré con el país más sensual del mundo, pero me sentí vacío; creo que a Brasil le faltó darme algo o que a mí me faltó quitarle algo a Brasil. Un buen día dije, tengo que ir a la India, allá encontré el extremo de Brasil. La India es el país más espiritual de la tierra, y mis necesidades entonces eran espirituales. En India me quedé una temporada, y cambió mi vida, así de simple. Allá aprendí a dejar de sufrir por cosas superficiales, ya no me importó el dinero, la fama, el reconocimiento, la gloria. La India me enseñó que todo eso te hace soberbio, y la soberbia hace al ser humano horrible, prepotente, te pudre el interior.

Llegué a India después de una exposición que tuvo un gran éxito en París; me sentía ancho, soberbio, odioso, y allá me lo bajaron porque el éxito y la fama son cosas que no te llevas al morir. En India me sentí un ser humano, comprendí que mi trabajo es sólo un instrumento para poder vivir. Y no soy un idealista, busco cosas reales, busco que mi interior se enriquezca, que yo como ser humano pueda crecer, eso es lo único que me interesa, y lo aprendí en la India.

Mi pasión son las mujeres, eso en la India no me lo pudieron quitar. También soy un apasionado de los viajes; de los seres humanos, como sean, como son; soy un apasionado del mundo con todas sus miserias y maravillas. Por otro lado, le tengo miedo a todo menos a la muerte; le tengo miedo a las mujeres, a la soledad, y pavor de que un día ya no pueda pintar, que la creatividad se vaya.

Mi proceso creador es angustiante. Me cuesta trabajo crear si estoy en un etapa de dolor; tengo que estar tranquilo y contento para poder trabajar. Sin embargo, no dejo de trabajar un solo día. Tengo un equipo de trabajo muy efectivo, ellos me salvan, no podría imaginarme sin un equipo de trabajo.

La magia es un elemento muy importante para el ser creador. Todos los días busco la magia, nunca he soportado lo cotidiano y trato de refugiarme en una atmósfera de magia interna que encuentro al pintar, porque al pintar transformas, te conviertes en un alquimista, en el mago inesperado. Es maravilloso convertir una idea, un sentimiento, una corazonada en color y forma. En la pintura encuentro todo, y cuando pinto no tengo pretensiones, no me importa si voy a impresionar a alguien o si voy a entrar a una galería o en si ese cuadro me va a traer notoriedad. No creo en reconocimientos porque un día te lo dan y al día siguiente te lo quitan, pero si el reconocimiento llega, lo dejo venir, sin creérmela. Uno trabaja muy duro, yo trabajo bastante duro porque es mi deber y es mi obligación dar. El artista es como un manzano, tiene que dar fruto para que los otros lo coman espiritualmente, porque al artista, como al manzano, la capacidad de dar le fue otorgada. Y uno da lo que sale del corazón, ahí está el origen del arte; yo no creo mucho en el intelecto, la razón pura crea una obra fría aunque estéticamente pueda ser maravillosa. Cuando un ser humano, al ver un cuadro, es tocado por dentro, significa que el artista trabajó con el corazón. El intelecto lo usamos sólo para resolver técnicamente el cuadro, y en ese sentido soy muy simple. Antes me gustaba inventar técnicas, ahora estoy por simplificar mi vida, y ahí se incluye mi parte como pintor.

La experimentación ya la probé, ahora les toca a los jóvenes; yo me quedo con el óleo, y en el caso de la escultura, con el bronce y la madera.

Ante el cuadro todo me preocupa, por eso me es difícil pintar; me preocupa la luz, el color, la composición, y esto es todo un reto, una aventura a la que hay que hecharle mucho amor, porque la gente espera mucho de uno. Yo lo equiparo al circo romano, la gente pide sangre, mutilaciones, y esa presión es un clavo a la creatividad. La gente no te va a permitir siquiera que bajes el nivel de calidad a la que la tienes acostumbrada, ¡Ay de tí si bajas de calidad! inmediatamente te voltean la cara, y eso para un pintor es muy doloroso.

A mí no me convence eso de que uno se casa con la pintura porque la pintura es una vieja muy arisca, habla cuando quiere y cuando quiere se queda callada. Jamás me casaría con la pintura (todavía estoy esperando a la mujer que ha de quedarse); si ella quiere estar conmigo, bienvenida, pero casarme con ella jamás. No soy fanático de mi pintura, y claro que me gusta volver a ver mis cuadros, eso me pone alegre el corazón.♦